

Los cambios sin memoria están destinados al fracaso

Entrevista con Isaías Lerner y Lía Schwartz



Juan José Mendoza

Universidad de Buenos Aires - CONICET / juanse.mendoza@gmail.com

Melchora Romanos me habló de “los Lerner”. Era un viernes en el Instituto de Filología. Yo le comentaba las posibilidades de un viaje a Estados Unidos: una estancia en la Van Pelt Library de la Universidad de Pennsylvania, la ciudad de Philadelphia, un breve paso por el Archivo de Manuscritos Latinoamericanos de la Universidad de Princeton, mi intención de pasar también por Nueva York, visitar la Public Library, etcétera. Y en su despacho de la calle 25 de Mayo, Melchora Romanos me habló de “los Lerner”. Que si pasaba por Nueva York tal vez podía ir a visitarlos: “Isaías Lerner y Lía Schwartz” –dijo–. Pronunció sus nombres como quien abre una puerta hecha de silencio y de tiempo. Isaías había sido varios años profesor distinguido del Graduate Center de la City University of New York. Lía era una distinguida profesora que había impartido clases en varias universidades norteamericanas (Fordham University, Dartmouth College, CUNY). Y mucho antes de todo eso, ellos habían sido destacados graduados de la Universidad de Buenos Aires en los años 60 y se habían exiliado de la Argentina en 1966. Yo había tropezado con sus nombres en alguna bibliografía, pero por alguna razón aquella era la primera vez que alguien me hablaba de “los Lerner”. A menudo se habla del exilio de los 70. Pero ¿y de los exiliados del 66?

Lía e Isaías hablan de sí mismos como “la pareja del anecdotario”. Se consideran parte de “los últimos mohicanos”. En la *troupe* la incluyen a Ana María Barrenechea. “Nietos de Pidal, bisnietos y tataranietos de Menéndez Pidal” –agregan–. Rememoran sus peleas de los años 56 y 57. Lo hacen casi de modo performático, poniendo en escena ciertos tonos, ciertos gestos. El pasado aparece de a pedazos. Recuerdos de cosas

vividas se mezclan con imágenes de cosas leídas. En un momento hablan de una fiesta una noche en la casa del compositor Igor Stravinsky, “que tenía tres pianos de cola, uno por cada piso”. También hablan de María Luisa Bastos, secretaria de Victoria Ocampo. En un momento aparecen referencias a *Sombras suele vestir*, la novela de José Bianco. En otro momento hablan de un departamento de Manuel Puig que quedaba en la calle Cornelia... Hablan entre ellos, discuten, polemizan con alegría. Detrás se ve a los Lerner, serios, en un retrato junto a los Reyes de España. Isaías tiene un gusto especial por evadir mis preguntas, como si se divertiera con ello. Lía, más amable, lo conmina para que trate de brindarse a un diálogo más cordial.

A Ana María Barrenechea la conoció Isaías siendo él alumno y ella ya una destacada profesora. Isaías había estudiado Historia Antigua con Abraham Rosenvasser. El curso de Marcos Morínigo sobre el *Quijote* cambiaría su manera de leer. Cuenta que en 1956 demoró un año la conclusión de su carrera para tomar clases con Borges (las clases que Borges emprendería desde ese año en la Universidad de Buenos Aires). Lía Schwartz lo conoció a Isaías por aquellos años cincuenta siendo alumna suya de Lenguas Clásicas. Desde entonces permanecerían unidos hasta uno de los primeros martes de enero de 2013, el día en que Isaías Lerner se fue.

Se me ocurre que hubo muchos Isaías. El que reivindicó el estudio de los textos mirándolos desde adentro. Pero también atendiendo a la propia historia cultural y material en la que determinados textos se gestaron, los modos en que esas textualidades se fueron modificando para llegar hasta nosotros. Y también coexistieron en él

el profesor, el académico, el entusiasta, el cervantista, el exiliado, el practicante de los estudios transatlánticos, el filólogo, el maestro. Lía ha sido la catedrática, la ensayista, la culturalista, la políglota, la estoica. Sumamente convencida de la relación que se establece entre texto y cultura. Con todos ellos me encontré en su casa del barrio de Chelsea. Era el otoño de 2012 en el hemisferio boreal. Me recibieron con una mezcla de amabilidad y extrañeza. Al silencio tenso de los primeros minutos lo siguió una charla extensa que casi no tuvo intervalos. Yo hasta entonces no sabía que en el tiempo que cabe en una sola tarde pueden entrar varios siglos. “¿Quién te habló de nosotros?” –me preguntó Isaías–. “En la Argentina ya nadie nos recuerda” –agregó–. Le respondí que en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires sí. Para refutarlo, en la fría mañana del 17 de julio de 2013, en el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en el marco del XVIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, se realizaron dos mesas tituladas “El Arte del novelar cervantino. Homenaje a Isaías Lerner”. Allí Juan Diego Vila, Aldo Ruffinatto, José Manuel Lucía Mejías, Luce López-Baralt, Isabel Lozano Renieblas, Julia D’Onofrio y Or Hasson rindieron homenaje al catedrático, al amigo. Gloria Chicote también escribió un artículo: “Isaías Lerner, hispanista argentino en el mundo”, aparecido en el Boletín que la AIH editó para la ocasión. En él sostiene que las diásporas fueron uno

de los grandes estigmas del siglo XX. Esas diásporas dieron lugar a grandes desplazamientos biográficos y geográficos. Me pregunto hasta qué punto el exilio que a muchos privó de poder ser alumnos de los Lerner también ahora me interpela a mí de algún modo. ¿Qué extraño círculo de casi cincuenta años estaré cerrando yo con mi encuentro con los Lerner? En otro artículo, titulado “Cuatro postales del Hispanismo Argentino”, Gloria Chicote se refiere a Américo Castro, a Ana María Barrenechea, a Raimundo Lida y al propio Isaías como los grandes hispanistas argentinos. Ilustra esa nota una fotografía. Allí se lo ve a Lerner ancho, solvente, con una sonrisa a la altura de su trabajo realizado, celebrando con secreta complicidad un hallazgo, un giro idiomático, una nota al pie.

En el cerrado atardecer del barrio de Chelsea, entre tazas de té y portarretratos de los Lerner en diferentes momentos de su vida –dando clases, sonriendo, en una conferencia, con su hija Bettina, etc.– hablamos de muchas cosas. Isaías me comentó que aquella era probablemente la última entrevista que concedía. Yo no quise comprender muy bien las implicancias de aquella frase. Dos meses más tarde, el 8 de enero de 2013, Isaías Lerner murió en Nueva York. Había nacido el 13 de marzo de 1932 y estaba por cumplir 81 años. Junto a Lía Schwartz habían pasado cuarenta y siete años en la diáspora. Lo que sigue es un intento de transcripción de aquella charla.

Lo primero que se me ocurre es preguntarles por los años 50 y 60, sus años como jóvenes estudiantes en la Universidad de Buenos Aires, el Instituto de Filología...

Isaías: ¿Cómo se llamaba este hombre que estaba también a cargo del Instituto de Filología? Era un hombre que sabía sus cosas, te voy a decir. Con Celina Sabor de Cortazar nos arremangábamos y pusimos en orden algunos estantes, porque nadie sabía dónde estaban las revistas. ¿Cómo se llamaba?

Lía: ¿Es de mi época?

Isaías: No, no es de tu época.

¿De antes del 55?¹

Isaías: Sí. Sabés lo que pasa, la cosa peronista/antiperonista, que quizá ahora parezca totalmente delirante, entonces era muy viva. Gente como Ana María Barrenechea se vino a hacer el doctorado acá. Morínigo tuvo que irse a la Universidad de Tucumán, Rosenblat tuvo que irse, bueno, ¿Amado Alonso para qué decirlo, no? Y entonces claro, la cosa peronismo/antiperonismo era mucho más viva de lo que puede ser hoy, que ni siquiera quiere decir lo que quería decir entonces. De modo que lo que digo son antigüedades pero bueno, de eso se trata precisamente. Somos una especie de monumento perenne.

Sin embargo trato de imaginarme cómo sería la tensión que había en aquella época entre literatura argentina, literatura latinoamericana o hispanoamericana y literatura española, o la forma en que la filología se abrió paso en aquella serie de relaciones...

Isaías: Es una discusión que entraña al nacimiento mismo de nuestras literaturas. Un ejemplo: Juan María Gutiérrez era el antigongorismo hispanoamericano. Ataca al gongorismo y a Sor Juana desde el neoclasicismo. Gutiérrez no creía en la literatura nacional. La idea de crear una literatura nacional llega tarde porque había muy poco en este Virreinato del Río de la Plata sin una clase social interesada. Recién cuando empiezan a publicar *La Lira Argentina* comenzás a entender que tal vez había un poco de literatura hispanoamericana y que tal vez había una literatura argentina. Y eso a muchos les costaba entenderlo. Hasta que finalmente después de mucho se pudo conseguir que se fundara la cátedra. Los mexicanos podían decir que venían desde los aztecas y que tenían textos desde entonces. Allí se forjó una temprana historia de la literatura mexicana. Y curiosamente en Cuba también se

escribió una historia de la literatura cubana. Pero es increíble cómo mi generación no conocía nada de Latinoamérica más allá de los países limítrofes. La gente acá en los Estados Unidos tiene una idea absolutamente distorsionada de la literatura latinoamericana y mucho más de la literatura argentina, sobre todo del siglo XIX. Que uno tenga que venir a los Estados Unidos a pelearla por una figura como Sarmiento es absolutamente irritante. Y entonces empiezan a jorbarte con que Martí les vendió a los indígenas (a los que no vio nunca, porque ya habían desaparecido de Cuba hacía rato), o con cosas como que Sarmiento era un racista (cuando prácticamente impone el primer sistema educativo de Hispanoamérica). Entonces ¿de qué estamos hablando? ¿Tenés que salir en defensa de Sarmiento? Casualmente estaba leyendo *Vida de Abraham Lincoln* de Sarmiento. Sarmiento llega a Estados Unidos justo cuando lo matan a Lincoln. Y lo que él quería era conocerlo. Y escribe una vida de Lincoln. Nadie ha editado bien esa vida de Lincoln, en la que él habla de una serie de cosas que no te enteras de lo que se trata. Alguien tendría que sentarse a hacer una edición crítica y anotada de esa biografía. Entre las otras cosas que Sarmiento encuentra aquí es que el grave problema que tiene Estados Unidos es la esclavitud y que eso va a traer consecuencias. Y las ha traído hasta hoy. Y estamos hablando de Lincoln hoy. Porque uno de los problemas políticos que tiene Estados Unidos hoy no es tanto por las ideologías económicas sino porque el señor Obama tiene el color de la piel que tiene. Y Sarmiento lo ve muy temprano. ¿Qué es eso de decir que Sarmiento era un racista, un genocida y un asesino de indios? ¿Qué es eso? ¿Qué entienden ellos del esfuerzo de este hombre mestizo por educar al país? Y después preguntame cómo es la Argentina de 1920 y 1930 gracias a todo lo que él organiza en el siglo XIX para la educación argentina, nunca superado por ningún otro país en Hispanoamérica. Cuando venís a Estados Unidos tenés que defender cosas que te sorprenden que las tengas que defender.

Pero esa es una situación que en Estados Unidos se da no solo con la literatura argentina sino con la literatura latinoamericana en general, ¿no es así? ¿Cómo ha sido su relación con la literatura latinoamericana en Estados Unidos?

Isaías: Un ex-alumno que se llama Juan Manuel Medrano Pizarro, un hombre extraordinariamente inteligente al que lo perdió Lacan como a tantos argentinos, hizo una tesis conmigo sobre Leopoldo Lugones. Escribió un estudio en el que analiza algunas de las metáforas de Lugones y estudia sus discursos y los relaciona con cuestiones de Lacan. Pero al mismo tiempo me desesperaba, porque citaba a Lugones para hablar de las

¹ Probablemente se trate de Arturo Berenguer Carisomo, director del Instituto de Filología entre los años 1954 y 1955.

nomenclaturas de Lacan y eran unos textos literariamente deslumbrantes en los que él no veía otra cosa que Lacan. Yo he dirigido muchas tesis, pero siempre les digo a mis alumnos: la tesis es tuya, yo no quiero que hagas la tesis que yo hubiera escrito sino la que cada uno tiene que escribir. Eso nos ha costado peleas constantes con colegas. Un chico que quería hacer un estudio sobre *El zorro de arriba y el zorro de abajo* me vino a ver porque la quería hacer conmigo. Es un quechuista, que sabe quechua y al que le interesan la cultura y la historia quechua, pero justo vino y se metió en el comité una señora que lo único que le interesaba era la pelea que habían tenido Cortázar y Arguedas. Pero por Dios, eso está re-dicho. Y en cambio este chico lo que quería era encontrar los aspectos de la antropología que le interesaban a Arguedas. Además *El zorro de arriba y el zorro de abajo* es una novela estupenda. ¿Sabes quién me dio a conocer Arguedas por primera vez? Ana María Barrenechea. Ana María era una mujer muy particular.

Trato de imaginarme cómo era la universidad argentina en la que ustedes estudiaron.

Isaías: A mí me tocó la Universidad “Flor de Ceibo”, que es una expresión que no conocés pero que se usaba por los 40. Perón echa a mucha gente, tenía una desconfianza mayúscula hacia los intelectuales. Y ese era el contexto de los años 40. Tenés que esperar a esas revistas que van a aparecer más tarde y en las que se reivindica al movimiento peronista, ese movimiento anti-Sur, y después el acercamiento al conservadurismo de gente como Borges y Madame Ocampo. Bueno, ¿de Madame Ocampo qué podías esperar? Era una señora interesada en los cambios artísticos pero socialmente estaba metida en su limbo y no la podías sacar de ahí, ese era el mundo de los ultra-ricos argentinos. Esa es otra cosa para discutir. Y entonces la fórmula que había, no me acuerdo quién la había inventado, era que todo lo que era producto peronista era “Flor de Ceibo”. Aquella era la universidad “Flor de Ceibo”. Para el 56, lo creas o no, yo postergué mi graduación para tomar el primer curso de Borges. Yo a Borges lo conocía mucho de escucharlo en las conferencias que él daba en una Institución que ya no sé si existe y que se llamaba Colegio Libre de Estudios Superiores.

Lía: Estaba en la calle Libertad.

Isaías: Dictaban conferencias por Santa Fe, en un edificio de los médicos o cosa por el estilo.

Lía: Pero eso estaba en la calle Carlos Pellegrini.

Isaías: No, no tenía sede. El Secretario de allí, que se llamaba Reissig y que probablemente haya

desaparecido, invitaba a diferentes personalidades. Y había una serie de conferencias de gente que se había tenido que ir de la Universidad o que, como a Borges, Reissig le dejaba dar las conferencias que se le daba la gana.

¿Herrera y Reissig, el que aparece referido en las crónicas de Bustos Domecq?

Lía: No, Herrera y Reissig es el uruguayo. Este debe ser otro, pero se escriben igual los apellidos.

Isaías: Y después me hice muy amigo de Alberto Salas, que es un historiador de primer orden. Autor de *Las armas de la conquista*, que fue su doctorado, un estudio sobre qué armas usaron los indios y los españoles para luchar, un libro estupendo... Y después tiene un libro, en mi opinión de una belleza literaria extraordinaria, que se llama *El llamador* y que es sobre Buenos Aires: los vientos, los patios, el llamador. Y después tiene muchos trabajos sobre cronistas de Indias. Yo tengo una edición especial de *El llamador*. Era muy amigo de Colombo, el editor que hacía libros a mano. A él lo que le gustaba mucho era la arqueología, pero bueno, lo echaron y entonces lo nombraron director de la Cámara del Libro. Era un tipo extraordinario. Y después lo nombraron profesor en el Colegio Nacional Buenos Aires. Antes de que nos tengamos que venir acá yo enseñé del 56 al 66. Y gané una cátedra en el Nacional Buenos Aires de la que me echaron junto con otros 15 profesores de una patada.

¿Por qué lo echaron?

Isaías: Mandamos una carta pidiendo explicaciones de por qué cerraban el Gabinete Psicopedagógico. Y la respuesta de la bestia hirsuta que habían puesto como Interventor fue echarnos. Me echaron a mí y a 15 más. A Andrés Avellaneda, a Enrique Pezzoni... Fuimos 16. Y a la semana siguiente, o diez o quince días después, fue “La noche de los bastones largos”, cuando sacaron a golpes a la gente de Exactas.

¿En aquel entonces ya había un Gabinete de Psicopedagogía en el Colegio Nacional?

Isaías: Era el único Gabinete Psicopedagógico que había en todo el sistema educacional argentino. Y la mujer que lo dirigía respondía al perverso nombre de Lía Barenblit de Lerner. Y la segunda mentira que corría por ahí era “Isaías Lerner armó todo este lío porque su mujer era la directora”. Lía Barenblit de Lerner era la madre de un cantante, que existía o que todavía existe, pero no sé qué habrá sido de la vida de ella. Yo no era familiar ni nada que se le parezca.

Recuerdo que en mi época, fines de los 90, comienzos de los 2000, en las asambleas universitarias todavía se hablaba de los exiliados del 66. Es un conocimiento de asambleas universitarias, pero siempre se había impugnado la renuncia de aquellos docentes del 66, porque con las renunciaciones se había allanado el camino para la intervención de las cátedras. Claro, el caso que usted relata es levemente distinto, porque se trata del caso de los docentes del Colegio Nacional.

Isaías: Nos echaron. No renunciábamos. Ana María Barrenechea renunció en solidaridad con nosotros. Pero ¿cuántos más? Además: ¿qué podías hacer? También tenés que imaginar la tensión de aquel momento: echan a tu amigo, a tu colega, a tu compañero: ¿qué táctica política vas a pensar? ¿Y con los militares? Pero imagínate, si porque mandamos una carta nos respondieron con un despido generalizado, qué tipo de resistencia podíamos imaginar que debía hacerse. Pero sí me acuerdo de que había un alto periodista (no me acuerdo de qué sección), [Juan] Valmaggia se llamaba, creo que del diario *La Nación*; le pregunté si quería acompañar la carta, me dijo que no.

¿Hubo renunciaciones de otros docentes en solidaridad con ustedes?

Isaías: Siempre hay interpretaciones de toda especie. Yo fui muy amigo de Nilda Guglielmi, que hacía Medieval en el Departamento de Historia. Ella no renunció. Y yo no esperaba que ella renunciara tampoco. Frida Weber de Kurlat no se fue nunca de la Universidad. Además había muchas cosas que se ponían en peligro si la mujer se metía en política. Celina Cortazar era mi socia en el *Quijote*, tampoco renunció. Son esas cosas que en la Argentina son posibles. Celina era, si no de misa diaria, muy religiosa. Mi familia, y yo mismo, era de tradición judía pero no practicaba ninguna forma de religiosidad. El ritual es una cosa que me resulta intolerable. Eso no quiere decir que yo no sienta una solidaridad muy intensa con lo que es un pasado histórico que creo que me pertenece, del que me he apoderado. Ahora no me acuerdo nada pero yo sabía hebreo, podía leer la *Biblia*. Y con Celina Cortazar éramos amiguísimos. Ella sabía perfectamente que yo era judío y yo sabía perfectamente que ella era religiosa, y muy religiosa, y muy de derechas ideológicamente. Eso no tenía nada que ver con Cervantes. Habíamos asistido juntos a un seminario que había dado Marcos Morínigo sobre lectura de Cervantes y cuando empezamos a leer el *Quijote* ella se paraba cada tres palabras para hacer preguntas de gramática histórica, y como a mí me interesaba mucho el español de América ahí apareció la idea de por qué no hacer una edición anotada para lectores hispanoamericanos. No hay una sola edición que explique el

voseo en el *Quijote* excepto la nuestra. Ningún español siente que tiene que anotar “La Mancha”, pero un chico que nació en Barracas ¿por qué tiene que saber dónde queda La Mancha? Y de ahí nació nuestra idea de hacer aquella edición anotada del *Quijote*, la que después saldría editada por Eudeba. No querían publicar la edición anotada del *Quijote*. ¿Lo podés creer? Yo sé por Celina Cortazar que a través de curas amigos los convencieron a los interventores de que no se trataba de un texto marxista. Apenas aparecía un apellido polaco o eslavo ya creían que era un texto subversivo. Era gente de ultraderecha. Ángel Rosenblat también fue a hablar a Eudeba para que nos publicaran la edición anotada del *Quijote*.

¿Además del *Quijote* qué otras inquietudes orientaban sus ideas en aquel entonces?

Isaías: Yo estaba trabajando en el primer vocabulario hispanoamericano, que es el de Antonio De Alcedo. Es un vocabulario al final de su *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, que es una cosa fascinante del siglo XVIII y que yo creía y creo hasta hoy que es el primer diccionario de americanismos. Es cierto que ya antes hubo vocabularios como el de *La Araucana*, por ejemplo, pero eso no sería un diccionario propiamente. Publiqué un par de artículos sobre eso.

¿Y en ese contexto a usted lo echan del Nacional Buenos Aires?

Isaías: Y lo divertido es que la persona que tuvo el gusto de reemplazarme fue corriendo a decirle al interventor que yo indoctrinaba a los chicos en marxismo. Pasaban unas cosas muy misteriosas, uno nunca se daba cuenta de lo que iba a pasar más adelante. Pero sí me acuerdo de las chifladuras que hice en el Nacional Buenos Aires y que me di el gusto de hacer. Estaba enseñando entonces Lope de Vega, que es un autor para mí absolutamente sensacional, y estaba usando una antología que había hecho nada menos que Rafael Alberti, que por otro lado había sido ayudado de alguna manera por parientes de la familia de Lía. Y lo cierto es que Rafael Alberti publicaba cosas para sobrevivir, y una de ellas, en Losada, era una antología poética preciosa sobre Lope de Vega. Por aquel entonces enviaban veedores a escuchar tus clases. Por lo general eran estudiantes de las escuelas privadas –que por lo general eran las escuelas religiosas– a los que obligaban a hacer las prácticas de la enseñanza como veedores de clases en el Nacional. Y resulta que había una mujer que era una monja y que venía a escuchar mi clase. Y justamente yo estaba dando un soneto de tipo religioso, la figura de Cristo que hace Lope es

una figura muy carnal, muy llena de sangre. Termina la clase y se acerca la mujer y me comenta: “Muy interesante la clase. Qué curioso, pensar que me habían dicho que usted era marxista”. Entonces yo le contesto que no, que el que era marxista era el que había hecho la antología de Lope de Vega con sonetos sobre Jesucristo. Lejos de mí pensar que ese comentario andaba por ahí. Y la persona que me reemplazó, cuyo nombre no será pronunciado por estos labios, fue corriendo a contarle al interventor que yo era marxista. Era lo que convenía decir en aquella época, para dejarles la conciencia tranquila a los interventores. Años absurdos. Lía estaba en ese momento con una beca en Alemania y le dije: “Mira, estos militares no pueden alcanzar a más de tres años, cuatro años”. Había tanques en la plaza del Congreso que yo tenía que cruzar para dar mi clase en el Instituto del Profesorado. Suspendieron los doctorados en la Facultad de Filosofía y Letras: no te podías doctorar. Yo estaba trabajando sobre una tesis en Letras, pero mientras tanto tenía la cátedra en el Nacional. Y por todo aquello nos vinimos para Estados Unidos. Nos vinimos con dos valijas. La idea era hacer el Doctorado en tres años y volvernos. Pero a los cuatro años era imposible volver. Era peor todo. Había vuelto Perón pero era un desastre todo.

Pero volviendo a los años del exilio...

Isaías: Ángel Rosenblat se tuvo que ir también. Eran los grandes discípulos de Amado Alonso. Marcos Morínigo, Ángel Rosenblat, Raimundo Lida, María Rosa Lida, Raúl Moglia, en un principio Ángel Battistessa, que después se hizo muy de derechas. Porque no te olvides, Ana María Barrenechea y Frida Weber de Kurlat eran de una generación un poco posterior. Battistessa, ese es uno de los que se quedó por ejemplo. Battistessa daba la clase antes de que diera la clase Borges. Les daban a los dos la misma aula. Borges andaba con bastón ya. Era un aula que estaba a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras. Borges no tenía que matarse en ninguna escalera. Ya estaba muy ciego. Yo alguna vez escribí sobre ese curso, un artículo que ha salido en España. Se titulaba “Borges profesor”.

Hace poco salió una compilación de aquellos cursos hecha por Martín Hadis y que toma el título de ese artículo suyo.

Isaías: Ellos publicaron la versión que ellos consiguieron, pero el gusto mío es que el curso al que yo asistí fue el primero. Borges venía rodeado de todas esas adoratrices que tenía. Estaba esta novelista que no podía dejar de decir el nombre latino de cualquier planta que aparecía en una escena amorosa y que creo se llamaba Luisa Mercedes Levinson, o tal vez

era otra, ya no me acuerdo. Y después aparecía Cecilia Ingenieros (la Ingenieros con la que él escribió las *Antiguas Literaturas Germánicas*). Y Borges aparecía con esas adoratrices y nos sentábamos todos y escuchábamos la clase. Y Borges dio un seminario sensacional sobre literatura inglesa. De literatura inglesa no enseñaba un pito, pero en cambio lo que podías aprender muchísimo era sobre la literatura de Borges. La fascinación era escuchar a este tipo. Él no tenía preparación académica ninguna. Ni era un *scholar* ni era un investigador. La primera clase era sobre Chaucer y comenzó hablando por supuesto de Estanislao del Campo. Pero en algún momento dado todo estaba unido. La idea era que la literatura no tiene nada que ver con nombres o con sucesiones históricas o cosas por el estilo. Él siempre hablaba de una historia de la literatura que debía hacerse sin nombres de autor. Y yo tenía pasión por los textos de Borges, por lo que él decía, por lo que él escribía. Muchos años después terminamos por encontrarlo acá con María Kodama, que casualmente habló por teléfono ayer.

Lía: María Kodama estuvo en los mismos años que yo. Yo a ella la conocí en la Facultad.

Y casualmente por estos días hay una exposición en el Instituto Cervantes de Nueva York con fotos de sus viajes juntos: son fotos de Borges tomadas por María Kodama.

Isaías: son las fotos de *Atlas*. Están tomadas por Kodama, pero ya estaban publicadas. Tal vez haya otras que ella no puso en el libro. Acá no se conocían mucho. Nosotros tenemos el ejemplar firmado por Borges.

¿Cómo fue su reencuentro con Borges acá en Nueva York?

Isaías: La *Modern Language Association* se reúne en diciembre. Es el mercado de trabajo. Vienen los comités que eligen a los nuevos profesores, ahora se ha reducido a casi nada pero en una época era muy importante y era realmente el mercado de trabajo. Era el año en que estaba de visita Enrique Pezzoni en Nueva York y entonces lo invitaron a Borges a dar la gran conferencia en la *Modern Language Association*. Para entonces Borges estaba con Kodama. Y Enrique lo conocía a Borges desde los años de *Sur*. Enrique organizó una cena para que fuéramos nosotros dos. ¿Estaba parando en casa Enrique?

Lía: Probablemente, pero no me acuerdo.

Isaías: Éramos los cinco. Enrique, María y Borges y Lía y yo. Fue realmente muy emocionante. Él estaba

en el New York Hilton, que tiene uno de esos halls gigantescos. Y baja Borges por el ascensor, estaba con María. Caminamos por el hall y de repente vienen esas profesoras norteamericanas chitrulas a saludarlo. "Oh, Mr. Borges, Mr. Borges!". Y Borges "Thank you, Thank you". Y huimos de allí. ¿Y a dónde quería ir Borges que estaba en ese momento enamorado del Japón? A un restaurante japonés. Y fuimos y lo pasamos muy bien. Y entonces yo ahí le dije: "yo fui su alumno, Borges". Casi me mata en el examen final. Yo había preparado como una bestia aquel examen, había leído mucha bibliografía y él lo que quería era que repitiéramos las cosas que él había dicho. Si no me salvaba Jaime Rest, que era su ayudante, me aplasta como una cucaracha. Borges es el autor más universal después de Cervantes que ha conocido la lengua castellana. Ha sido traducido en Asia, en África, en Europa y se lee en toda Latinoamérica. En Estados Unidos es lectura en miles de universidades. Decime de otro autor, por favor. Fuera del *Quijote*, que lo leen mal, nombrame otro.

Lía: García Márquez tuvo una época. Lo que pasa es que *Cien años de soledad* se acaba pronto: son 20 capítulos. Pero Borges está muy conectado con la cultura anglosajona.

¿Aquí se lo reconoce como un escritor argentino? En algunas librerías de España aparece en el estante de Literatura Española.

Isaías: Ah, pero querido, si se han apoderado de Rubén Darío. Además, hablan de Literatura Virreinal ¿Qué es eso? Es Literatura Colonial, por favor. Y se han apoderado de Rubén Darío, lo cual está muy bien pero vamos, al mismo tiempo, históricamente es un error.

Más aún cuando Rubén Darío es un renovador para los propios españoles de su propia manera de leer la literatura española.

Isaías: Rubén Darío es un intermediario entre la Generación del 27 y Góngora, pero el renacimiento del interés por Góngora es previo a la generación del 27. Lía siempre trata de explicarlo.

Hubo aquella discusión en su momento en torno a la relación entre Góngora y el simbolismo francés, el modo en que en la París decadentista y finisecular se trata de leer a Góngora. Es una lectura que trata de pensar a Góngora en términos simbolistas, ¿no es así?

Lía: Es como la diferencia que se produce entre el Barroco del siglo XVII y el Barroco de los años 70 y 80 del siglo XX. Son cosas totalmente diferentes. Lo mismo puede decirse de la relación entre Góngora y el simbolismo.

Rubén Darío lo conocía a Góngora antes de ir a París, porque en su país Góngora era un clásico. Y cuando llega a París conoce a colegas y literatos de la época. Ahí se encuentra con Mallarmé, que es importante, y con Valéry, y es a través de ellos que empieza a repensar Góngora, y según cuentan las anécdotas, allí Darío empieza a leerlo de otra manera. Pero no sé si se entendía perfectamente su poesía. No es el entender, sino que creo que lo fundamental es que la construcción del lenguaje poético se producía de manera totalmente distinta. Esa es la clave de la historia. Cuando un poeta como Mallarmé o los modernos hispanoamericanos inventan un lenguaje complicado lo inventan con figuras, metáforas y ornamentos retóricos que tienen una forma muy particular. Pero en cambio cuando Góngora, Quevedo, Gracián y todos los del XVII inventan el lenguaje figurado lo que hacen es hacer un tipo de selección de componentes en los que la retórica es como si dijéramos el primer piso de una construcción que ellos hacen por encima (eso lo decía muy bien Roland Barthes). Y esa construcción, arriba de la retórica, es lo que se llama la agudeza. No se producen las figuras de la misma manera. Y lo dice Gracián claramente en *Agudeza y Arte de Ingenio*, la teoría de la agudeza, o del *wit* (como dicen aquí), es siempre una "construcción de segundo grado" (esa es la expresión de Barthes). Porque la base inicial son todas las metáforas, y sobre la base de eso arman los conceptos. Y para pensar los conceptos lo que hacen es basarse en una lógica que nos es ajena, que son las diez categorías de Aristóteles: lugar, tiempo, modo... No salen igual las cosas.

Isaías: Bueno, pero un tipo como Mallarmé se sentía más cerca de Góngora que...

Lía: Claro, pero eso no significa que Mallarmé fuera capaz de reconocer en qué consistía la creación de un concepto como figura de segundo grado en Góngora. Lo que le gustaba era esa libertad loca de don Luis que no vacilaba en relacionar palabras dispares a partir de algún punto lógico de enlace: tiempo, lugar, modo, etc. O a lo mejor sí tiene que haber habido semejante instancia en la Francia del siglo XIX pero yo sé que en España y en otros lugares no. Se dejó de entender el código que manejaban los barrocos. Y de hecho ni Gracián tuvo mucho éxito ni Góngora. Quevedo se mantuvo no por la poesía que le gustaba a Mallarmé y compañía sino por otras tonterías.

Isaías: Che, no son tonterías.

Lía: No, no son tonterías, pero te quiero decir que una parte de su obra, como era tan ecléctico, una parte de su obra se siguió leyendo: la poesía satírica por ejemplo, o la parte de extracción popular o la picaresca.

Pero en el caso de Góngora, como él sólo produjo poesía y un par de cartas, vos leías eso o no lo leías. Habría que ver lo que dice Menéndez Pelayo.

Con respecto a si Mallarmé era o no capaz de reconocer en qué consistiría la creación de un concepto como figura de segundo grado en Góngora, y a las diferencias entre la España y la Francia de fines del XIX, se me ocurre que la literatura (y la poesía aún más) a veces toma por una vía no intelectual y de ese modo también lleva adelante muchos de sus procesos; la crítica contemporánea por momentos constituye un modo pulsional, intuitivo y no racional de lectura, comprendiendo que también de ese modo se pueden dimensionar cosas como la presencia gongorina en Mallarmé o incluso cierto carácter mallarmeano en Góngora. Incluso se ha llegado a discutir sobre cierto carácter vanguardista que puede encontrarse entrañado en el barroco clásico.

Isaías: ¿Qué estaremos leyendo nosotros cien años después? Don Marcelino habla maravillas de Juan María Gutiérrez. Dice que es el intelectual más importante de América. Y es al que empuja para la Academia y Gutiérrez dice “No” y rechaza el Sillón de la Academia. Eso es lo único que saben los argentinos: que rechazó el sillón de la Academia. Es que a Gutiérrez no le importaba eso. Le importaban otro tipo de cosas. Hay que repensar también esa antología de poesía de Hispanoamérica que hace Gutiérrez y que creo que se puede leer en Internet. En donde pone a muchísima gente. La maltrata un poco don Marcelino porque dice que por cuestiones nacionalistas o de afecto ha puesto gente de segundo orden. Pero eso es lo que había. Y él lo que pensaba hacer era construir ese pasado cultural.

Habíamos empezado a hablar de las diferencias entre Hispanoamérica y Latinoamérica. Esa es la otra cosa que hay tener que tener en cuenta también. Siempre peleo con José del Valle [CUNY Graduate Center] a propósito de esto. Los españoles siempre pueden entender mal toda esta cuestión del siglo XIX, porque los latinoamericanos del XIX eran tan antiespañoles que hay que tener tragaderas para aguantarse las cosas que dicen. Pero un hispanoamericano no tenía nada que aprender de España políticamente hablando. Culturalmente, en cambio, estaban atados a eso. Lo que veían con alarma los intelectuales latinoamericanos era este país. Y después, la guerra de México terminó por explotar las cosas. De modo que por un lado está la voluntad de Independencia y por otro lado este monstruo que tenían ahí arriba. Y había que equilibrar las cosas. No era fácil establecer el Estado y crear una cultura apropiada. Porque por un lado tenías la invasión

norteamericana en cualquier momento y por el otro lado el desprecio por la situación política española. No había nada que aprender políticamente hablando, pero en cambio todo el bagaje cultural español sí era importante recuperarlo, entre otras cosas para defenderse de los Estados Unidos. Esa es otra cosa que hay que ver y que Sarmiento vio claro. Aquí no lo puedes decir porque acá todo se lee de otra manera.

¿Nunca se les ocurrió volver?

Isaías: Teníamos una estabilidad que no habíamos encontrado nunca en la Argentina. La famosa frase que nos decían, cuando íbamos para allá todos los años, cuando vivían nuestros padres y antes de nacer nuestra hija, la frase célebre era: “Pero ustedes no tienen ningunas ganas de volver ¿no?”. Mira con qué gusto... En fin, lo que entendíamos nosotros era: “Ni se les ocurra volver”. De alguna manera entendíamos así.

¿Eso ya era en los 80?

Lía: Sí, eso era ya después del 86.

Isaías: La primera vez que se nos ocurrió volver y no pudimos volver fue con Urondo. Fue en el 73, cuando se nos ocurrió ir a preguntar si iba a haber concursos. Y entonces Urondo lanzó una carcajada y dijo: “¿Qué concursos? Acá no es una cuestión de concursos”. Entonces con Lía dijimos “Bye”. Eso fue antes, con la vuelta de Perón. Cuando vuelve Perón y entonces empiezan a ver cómo van a organizar la universidad nosotros fuimos a averiguar. Y la respuesta fue “que qué concurso ni qué concurso”.

Lía: Y después fue en el 86. Ahí sí ya había concursos, pero para ese entonces nosotros ya teníamos amigos nuestros que habían vuelto y no íbamos a ponernos a competir con ellos. Ya para ese entonces no teníamos ninguna posibilidad. No teníamos ninguna forma de ingreso. Nosotros éramos dos profesores que estábamos enseñando un área más o menos particular. Hicimos el Tratado de Tordesillas entre nosotros pero no podíamos hacer mucho más porque los dos trabajábamos sobre la literatura de los siglos XVI y XVII: yo iba a estudiar el barroco e Isaías trabajaría el siglo XVI con Cervantes como núcleo. Pero en la UBA no había más que una sola cátedra. En el mejor de los casos Isaías y yo competiríamos entre nosotros. ¿Dónde íbamos a encontrar trabajo? No se podía. Vos preguntabas y ya te dabas cuenta de que no había ningún interés.

Isaías: Además esa afloración de nuevas universidades es muy posterior. Yo no tenía idea de que existían todas esas otras universidades nuevas que hay ahora.

² América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846.

Lía: Cuando terminé la carrera, por entonces ya llevaba tres años de ayudante *ad-honorem* y entonces me presenté y gané dos concursos: Griego y Latín. Yo terminé en el mes de junio y justo hubo concursos en julio. Entonces me presenté y gané las dos. Salí primera en Latín y salí segunda en Griego. Y bueno, lo máximo que pasó allí es que enseñé un semestre con sueldo. Me pagaron bastante bien (risas). Después me fui a Alemania con una beca y mi nombramiento desapareció. Entonces, ¿yo iba a volver en el 86? ¿A enseñar qué? Además yo me había ido de Clásicas, porque trabajaba sobre Quevedo con métodos comparativos, con lo cual en el 86 no tenía muchas posibilidades.

Isaías: Había una Ayudante de Primera que se llamaba Carlisky y que era la hija del psicoanalista Mario Carlisky y se había casado con un chico Pozzi y se fueron a Inglaterra. Ella era alumna de un extraordinario profesor de Griego de cuyo nombre nadie puede acordarse que se apellidaba Schlesinger³ y que de vez en cuando podía ser arbitrario. Cuando el período dorado de la filología alemana se viene abajo con el hitlerismo, él se tiene que escapar y termina en la Argentina, no me preguntes muy bien por qué. Él enseña en una universidad, enseña en otra universidad y después del 55 empezó a enseñar Griego. Y en ese momento Latín y Griego, no lo vas a creer, estaban en manos de gente muy talentosa y mucha gente hizo clásicas.

Lía: Por empezar era un requisito en la UBA. Vos podías elegir o cinco cursos de Griego y tres de Latín o viceversa. Yo hice cinco y cinco porque hice las dos licenciaturas: clásicas y modernas. Hoy en día no creo que sea obligatorio estudiar Latín y Griego.

Isaías: Schlesinger estaba en Griego y Aída Barbagelata estaba en Latín. Y Eduardo Prieto estaba en Latín. Lía fue alumna de Prieto también. Y fue muy temporariamente alumna mía, porque yo enseñaba Latín en la Facultad de Filosofía y Letras. Y ahí nos conocimos con Lía. Y las Clásicas tienen ese poder: si te gustan, no podés dejarlas nunca. Y la Filología es una cosa que está como entrañada ahí. No es que uno sea un ultraconservador. Por otra parte la Filología nunca es fija. Aún así, el cambio sin memoria está destinado al fracaso. El Cervantes que yo enseñaba en los años 60 no es el Cervantes que enseñé hasta hoy. Cambia por completo, porque cambia el mundo o porque a cada lectura del *Quijote* descubrís una cosa nueva. Y a cada lectura de las *Novelas ejemplares* descubrís una cosa nueva. Y eso tiene que ver con los cambios de uno y con los cambios de la sociedad, de modo que la Filología no es una cosa de una permanencia que no podés violar. Pero si has enseñado en

³ Eilhard Schlesinger (Klausenburg, 1909 - Elz, Hesse, 1968).

las Lenguas Clásicas, como le dije a José del Valle, el jefe que está ahora en nuestro Departamento y que ha puesto todas las cosas en la contemporaneidad: "Mira José, todo lo que quieras, pero Virgilio es eterno". Y me levanté para ir a dar mi clase. No sé cómo le cayó pero a mí me dio una inmensa felicidad. No es que me pase toda la noche leyendo a Virgilio ni mucho menos, mi latín está totalmente arrumbado, pero puedo volver a él despacio y puedo manejarlo y puedo sentir todo lo que sentí cuando enseñaba. Y en el Nacional Buenos Aires también enseñé Latín. Este ancianito era bastante peleador, no te creas. El Director del Departamento de Literatura era un tipo insufrible que se llamaba Monner Sans y tenía una agresión pavorosa con los estudiantes. El consejo que me dio cuando me nombraron sin concurso, y por eso me pudo echar, fue: "Reviéntelos, Lerner, revíentelos".

Y entonces, cuando vi los libros que tenían que leer los chicos, que eran de un aburrimiento letal, decidí que no tenía por qué preguntarle a nadie y cambié el programa. En ese momento no sabés lo que era el Nacional Buenos Aires. Estaban los Abal Medina y todo lo demás, lo que se vino después. Había una actitud anti-mujeres. Y entonces les di, no sé qué es lo que se pensará hoy de Mallea, pero *Todo verdor perecerá* es una de las primeras novelas antifascistas que se escriben en la Argentina. Y me pareció que los chicos tenían que leerla. Cuando se enteró Monner Sans me sacó de una patada. Fui el único al que no le renovó el contrato. Entonces la gente amiga que yo tenía en Latín me invitó a que enseñara con ellos. ¿Qué podías enseñar en un aula en la que vos podías oler las hormonas flotando en el aire? Les daban para leer *La construcción de un puente en las Galias* de Julio César, *De Amicitia* de Cicerón, o le daban *De Senectute* a los chicos que estaban explorando la pasión amorosa. Entonces fui a enseñarles Catulo y se enamoraron del latín. Porque era ese erotismo que ellos sentían que estaba naciéndoles y entonces estaban encantados de la vida: *mil besos, besos mil besos*. ¡Y claro! No sabes cómo me gritaron. La directora, que me quería muchísimo y por eso no me echó, me decía: "¡Pero Isaías! ¡El año que viene cuando tomen el curso de Fulanita (nombre que no voy a mencionar), entonces no van a saber nada!". Y Fulanita era otra loca con la que los chicos tenían que saberse todos los verbos irregulares latinos de memoria. ¿Cómo podés hacer amar una lengua de esa manera? Claro que la detestaban. Pero si en cambio les enseñás lo que hay que enseñar, entonces el Latín es otra cosa. Pero bueno, esa es una cosa que ahora se ha perdido pero que seguro en algún momento volverá y será un verdadero Renacimiento.

Recientemente ha sacado la *Miscelánea Antártica* de Miguel Cabello Valboa.

Isaías: Sí, en España salió. Todo comienza con aquel famoso curso de Cervantes de Morínigo y demás. Empecé a interesarme por las cosas que leía Cervantes y de ahí mis múltiples ediciones de *La Araucana*. Y de ahí la edición de *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, y de ahí la edición de la primera miscelánea hispanoamericana. Yo hago los estudios transatlánticos con los que les lleno la boca a los norteamericanos y siempre se los he dicho, se lo he dicho a las autoridades: “Ustedes acá tienen la idea de los estudios hispanoamericanos y los transatlánticos del Atlántico Norte. Pero también hay ‘Estudios Transatlánticos del Atlántico Sur’, y eso es lo que yo practico”. Y entonces me interesó, puesto que había editado la primera miscelánea en lengua moderna, la historia de un sacerdote andaluz que se viene a América y se preocupa por el origen de los indios y escribe un libro que se llama *Miscelánea Antártica* del que los españoles, que están siempre concentrados en sus cosas, no se habían preocupado para nada y ahora finalmente lo ha sacado la Fundación Lara en la Colección Clásicos Andaluces. Es la primera edición española del libro. Yo encontré aquí en la Public Library de Nueva York el manuscrito, copia del que fue el manuscrito que preparó seguramente el sacerdote Miguel Cabello Valboa, y por el que me interesé porque es una de las primeras veces que se usa la palabra “miscelánea”. En primer lugar. Y en segundo lugar, bueno, es muy complicado de explicar en tres palabras, pero es una especie de propuesta de historia universal. Viste que los ítalo-argentinos vienen locos, desesperados, que no se puede decir “descubrimiento de América” y yo creo sin embargo que es la palabra esencial. Porque a diferencia de Asia y África los habitantes del continente no conocían nada del resto y los europeos conocieron un camelo. Y esta miscelánea que trata del origen de los indios de América lo que quiere es mostrar, con vueltas de la filología y los estudios bíblicos de la época, que no es cierto que Salomón conoció América y que el oro del Templo vino de América. Y para eso hay toda una historia que hay que relacionar lo creas o no con la filología humanística, que se mete con el texto de la *Biblia*, contra el Papa y la Inquisición. Y lo que más tristeza te da es que algunos de los grandes biblistas del siglo XVI estaban en España y la Iglesia los hizo venir para acá. Y en un momento dado se dejó de enseñar hebreo, se dejó de enseñar árabe, no se podía estudiar la *Biblia*, solo era *La Vulgata* y *La Vulgata* de San Jerónimo. Y los primeros estudios filológicos eran para demostrar que los traductores sabían muy poco griego y que a la *Biblia* se la estaba traduciendo mal. No lo toleraron. Cuando desaparecen los últimos

volúmenes en un naufragio de la *Biblia Políglota Complutense*, la del Cardinal Cisneros, el editor Plantino lo convence a Felipe II de sacar una copia nueva. Felipe II manda a su confesor, que era Benito Arias Montano, a Amberes a realizar esa edición. Pero Arias Montano había estudiado con lo mejor del saber filológico en Salamanca y reúne a un grupo de gente sencillamente extraordinario y comienza a hacer una edición. Cuando mirás las páginas de la *Políglota de Amberes* se te oprime el corazón de emoción. Es que está con todas aquellas lenguas: está en griego, en hebreo, en latín, en arameo, con todos esos signos. El Vaticano, el Papa, le obliga a poner el texto según *La Vulgata*. Y entonces Felipe II le escribe a Arias Montano que no se haga el loquito porque dice que él quiere la aprobación del Papa. Y pide otra edición con estudios sobre la *Biblia* y entonces hay dos tomos con estudios en esa edición, todo son como ocho tomos. Todo esto viene a propósito de que la *Miscelánea Antártica* se apoya en esos estudios para mostrar que los habitantes de América, puesto que Salomón conocía América, tienen que ser parte de los nietos de Noé. Finalmente, América tiene que entrar en la tradición judeo-cristiana porque si no, no hay cómo ponerla en la historia. Y este sacerdote hace el inmenso esfuerzo. Porque alguien le dice “antes de ponerte a escribir, tienes que conocer la *Biblia Real*”. A mí todo eso me parece absolutamente fascinante porque te das cuenta de que la explicación de un pasaje de la *Biblia* para mostrar que Salomón conocía perfectamente la existencia de América es totalmente disparatado. Lo cierto es que hasta hoy nadie sabe qué quiere decir la palabra “Perú”. El propio Arias Montano lo dice, e intenta definir su significado incluso.

En sus *Tradiciones peruanas*, Ricardo Palma trata de dilucidar una de las graciosas leyendas que estarían detrás de los posibles orígenes de la palabra “Perú”.

Isaías: Hay varias versiones. Además está en la *Miscelánea Antártica* también. ¿Por qué se llama *Miscelánea*? Porque dentro hay una historia de amor, y una historia desde Noé hasta los Incas. Y el texto interesó a los peruanos solamente. No lo podés creer, pero la primera edición moderna es una traducción al francés de la parte correspondiente a los Incas.

¿Había intención de que no se conociera?

Isaías: Bueno, no, estaba totalmente olvidada. Pasó lo siguiente. La copia llega al Conde Duque de Olivares, que era un loco que compraba manuscritos a medio mundo. Cuando se muere, la viuda vende la biblioteca. El manuscrito termina en Inglaterra. En el XIX lo compra Joaquín García Icazbalceta y va a México. Cuando

muere García Icazbalceta su viuda lo vende y lo compra la Universidad de Texas en Austin, que tiene uno de los más importantes departamentos de español en el país y una colección absolutamente fascinante. La copia de ese manuscrito está en la New York Public Library. Y entonces me dije: “¿Cómo no hacer esa edición?”. En primer lugar porque me interesan las misceláneas. En segundo lugar porque, dije, ya que he editado la primera miscelánea en lengua moderna que es la de Pedro Mexía, la *Silva de varia lección*, entonces por qué no voy a hacer el viaje transatlántico y voy a editar la *Miscelánea Antártica*. Y le hablo a mi buen amigo José Lara Garrido y le digo: “Pepe, ¿cómo es posible que en España no se conozca la *Miscelánea Antártica*?”. Y acaba de salir el año pasado y estoy muy contento. Es una aventura fascinante porque me llevó muchísimo trabajo. Te impresiona pensar que en Quito a fines del XVI estaban los ocho tomos de la *Biblia Real*. He tratado de averiguar qué ha sido de ellos porque son tomos muy grandes y no pudieron desaparecer. Es una edición impresionante que para hacerla deben haber matado todas las cabras de Europa. En Madrid hay un tomo en la Biblioteca Nacional y parece editado ayer. Es una maravilla. Hay un ejemplar en la Public Library. Y hay otro ejemplar en la Morgan Library. Ahí encontré dos cartas de Arias Montano que publiqué en España. Este texto de Valboa ha encontrado su destino americano, porque finalmente sus dos manuscritos están acá, uno en Texas y otro acá, en Nueva York.

Muchos manuscritos de escritores argentinos y latinoamericanos encuentran también su destino norteamericano finalmente. En el Archivo de Manuscritos de la Universidad de Princeton por ejemplo.

Isaías: Hay cosas de Juan María Gutiérrez en Harvard. Yo me acuerdo del Archivo Gutiérrez que estaba en la Biblioteca del Congreso, que Ricardo Rojas pidió que

por favor no lo llevaran al Congreso porque ahí se iban a robar todo, y al parecer se han robado muchas cosas ya. Es la pérdida de la memoria cultural argentina.

Sus nombres aparecen en una nota al pie en *El texto y sus voces* de Enrique Pezzoni, recientemente reeditado.

Isaías: Éramos muy amigos. En los Estados Unidos, Enrique cuando venía se quedaba en casa. No sé quién es el muchacho que hizo el prólogo. Y ya no me importa, porque, por qué tienen que estar nuestros nombres en su libro, pero aunque sea el de Ana María Barrenechea. Sylvia Molloy, Tamara Kamenszain, Josefina Ludmer está muy bien que estén, pero el libro se origina en otro lugar, ¿OK? De quien era muy amigo y quien le presentó Sylvia Molloy a Enrique era María Luisa Bastos que está muy mal aquí en la calle 39 y ya no reconoce a nadie, y que era la secretaria de Victoria Ocampo. Ella presidía la mesa cuando a Victoria se le daba la gana y no bajaba a cenar. Había diez personas invitadas y Victoria no tenía ganas de bajar entonces María Luisa se sentaba y presidía la mesa. Nos pasó a nosotros y por eso lo sé. Éramos muy amigos con Enrique. Que nuestros nombres no aparezcan en ese libro está muy bien, no tenemos nada que ver con la literatura argentina. Pero nos hubiera gustado que por lo menos nos hubiesen avisado que había salido su libro. Las nuevas generaciones no tienen ni idea. Y José Bianco, por favor, ha estado en esta casa, otro gran amigo de Enrique. Los cambios sin memoria están destinados al fracaso.

Nueva York, 15 de octubre de 2012

